

# COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

FILEMÓN

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología  
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*



# COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

FILEMÓN

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología  
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO  
MACARTHUR  
DEL  
NUEVO  
TESTAMENTO

FILEMÓN

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

---

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Philemon* © 1992 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Filemón* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-1805-1 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6468-3 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8621-0 (epub)

Realización ePub: [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

## **Dedicatoria**

A Clayton Erb, quien sigue a mi lado dirigiendo a nuestra congregación en la música y la adoración gloriosas, preparando así los corazones para la predicación de la Palabra.

# Contenido

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

## *[Introducción a Filemón](#)*

[1. El carácter espiritual de quien perdona](#)

[2. Las acciones de quien perdona](#)

[3. Los motivos de quien perdona](#)

## [Bibliografía](#)

[Índice de palabras griegas](#)

[Índice temático](#)

# Prólogo

La predicación expositiva del Nuevo Testamento sigue significando para mí una gratificante comunión con Dios. Mi meta es tener siempre una comunión profunda con el Señor en la comprensión de su Palabra, y basado en esa experiencia, explicarle a su pueblo el significado de un pasaje. En palabras de Nehemías 8:8, mi intención es “ponerle el sentido” a fin de que puedan escuchar a Dios hablar, y de esta manera, corresponderle.

Es evidente que el pueblo de Dios necesita entenderlo a Él, y esto exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). La principal razón de ser de mi ministerio es contribuir a que la Palabra viviente de Dios cobre vida para su pueblo. Esta es una aventura siempre refrescante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja la búsqueda de este objetivo que consiste en explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son en esencia lingüísticos, otros de enfoque teológico, y otros homiléticos. El presente comentario es básicamente explicativo, o expositivo. Aunque no se especializa en la lingüística, recurre a ella en los casos que requieren una adecuada interpretación. Tampoco se extiende en lo teológico, aunque se centra en las principales doctrinas presentes en cada texto y en su relación con las Escrituras en su conjunto. Y aunque no es en esencia homilético, cada unidad de pensamiento abarca por lo general un capítulo con un bosquejo claro y un orden de ideas lógico. La mayoría de los conceptos están ilustrados y aplicados con base en otros pasajes de las Escrituras. Tras haber establecido el contexto de un pasaje, me he esforzado en seguir de cerca la evolución argumentativa y el razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda entender a plenitud lo que el Espíritu Santo dice a través de este pasaje de la Palabra, de manera que su revelación pueda fijarse en la mente de los creyentes y producir en ellos una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.



# Introducción a Filemón

La carta a Filemón es única en muchos aspectos. Es la carta más corta que Pablo escribió y la única de sus epístolas de prisión que está dirigida a un individuo. Aunque no alcanza el nivel doctrinal de las demás (Colosenses, Filipenses y Efesios), trata un tema de importancia vital que posee un enorme valor práctico. Pablo aborda la enseñanza del perdón entre los cristianos mediante una situación específica (cp. Ef. 4:32; Col. 3:13). Esta enseñanza fue primero transmitida por el Señor mismo en el Evangelio de Mateo.

La Biblia enseña con claridad la maravillosa verdad de que Dios es un Dios perdonador. En Éxodo 34:6-7, Dios se reveló a Moisés como “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”.

El tema de Dios en su carácter perdonador está presente a todo lo largo de las Escrituras (cp. Sal. 32:1; 85:23; 130:3-4; Is. 43:25; 55:7; Jer. 33:8; Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 Jn. 1:9; 2:12) pero la suprema ilustración del mismo se encuentra en la historia del hijo pródigo (Lc. 15:11-32). Un padre tenía dos hijos, y uno de ellos decidió tomar su parte de la herencia y abandonar su hogar (vv. 11-12). Después de entregarse a los placeres y al libertinaje hasta agotar por completo su dinero, se vio obligado a asumir un trabajo humillante (vv. 13-16). Al final, volvió en sí y exclamó: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!” (v. 17). Entonces decide volver a casa de su padre (v. 18), aunque al parecer no esperaba ser perdonado. Solo aguardaba la esperanza de ser soportado (v. 19). Pero el padre no esperó a que su hijo en pecado llegara hasta él. Mientras aún se encontraba en el camino, corrió hasta encontrarlo y lo abrazó (v. 20). Luego ofreció una gran fiesta para celebrar el regreso de su hijo (vv. 22-24).

En esta historia, en la cual el padre representa a Dios, vemos cómo Él perdona: de manera anhelante, completa y abundante. Podríamos afirmar, en cierta forma, que Dios muestra toda la plenitud de su ser cuando perdona.

Hay dos conclusiones de extrema importancia que se desprenden de esta verdad. La primera es que si Dios se muestra en toda su plenitud cuando perdona, esto quiere decir que el hombre actúa como Dios cuando lo hace. Proverbios 19:11 dice: “La cordura del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto la ofensa”.

La segunda es que Dios nos perdona sobre la base de nuestro perdón a otros. Santiago escribió: “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13). Nuestro Señor declaró esta verdad en sentido afirmativo en Mateo 5:7: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Les enseñó a sus discípulos a orar así: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt. 6:12). Pero también advirtió: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt. 6:14-15).

El perdón que hemos mencionado en los anteriores pasajes no es el perdón amplio y completo que se lleva a cabo en el momento de la salvación. Se refiere más bien al continuo perdón que Dios concede a los creyentes en todo su proceso de santificación. Puede parecer paradójico afirmar que los cristianos ya hemos sido completamente perdonados (cp. Ef. 1:7) y que sin embargo, aún necesitamos perdón (cp. 1 Jn. 1:9). No debemos olvidar las serias consecuencias que trae la falta de perdón a otros, pues muchos creyentes podemos perder así la bendición de Dios y recibir su castigo. El tema implícito en la Epístola a Filemón es el perdón mutuo que debemos ejercitar los cristianos, igual que Dios nos ha perdonado a nosotros.

## AUTOR

Solo en dos períodos de la historia de la iglesia se ha puesto en duda la autoría de Pablo en lo que respecta a la Epístola a Filemón. En primera instancia, algunos se enredaron en discusiones teológicas en el siglo IV y cuestionaron su autoría debido a la ausencia de doctrina en la epístola. A éstos se opusieron Jerónimo, Crisóstomo y Teodoro de Mopsuesto. En segunda instancia, algunos de los críticos radicales del siglo XIX que ya habían rechazado la autoría de Pablo sobre las epístolas de prisión, decidieron incluir a Filemón en la misma categoría. Sin embargo, esta posición carece de objetividad y no se basa en los hechos. En efecto, la misma ausencia de contenido doctrinal en la carta hace difícil

postular cualquier falsificación. Si alguien fuera a falsificar un documento de esta índole, sin duda lo haría con el fin de desvirtuar alguna doctrina importante para la fe.

El fragmento muratorio de finales del siglo II que contiene la última lista de libros del Nuevo Testamento en existencia, incluye a Filemón. Tertuliano y Eusebio, padres de la iglesia, aceptaron la autenticidad de la carta a Filemón. Incluso el hereje Marción, que rechazó las epístolas pastorales, aceptó la autoría de Pablo para la Epístola a Filemón. El mismo libro declara la autoría de Pablo en tres ocasiones (vv. 1, 9, 19). No resulta extraño constatar que la autoría de Pablo, en lo que a la carta a Filemón se refiere, sea aceptada casi a escala mundial en nuestros días.

## FECHA Y LUGAR

La Epístola a Filemón fue escrita en la misma época de Colosenses, durante el primer encarcelamiento de Pablo en Roma. Para revisar los argumentos a favor de la posición que afirma que las epístolas de prisión fueron escritas desde Roma y no desde Cesarea o Éfeso, puede ver la introducción a Colosenses.

## OCASIÓN

Filemón había conocido a Jesucristo mediante la fe salvadora hacía varios años gracias a Pablo, quizás durante el ministerio del apóstol en Éfeso. Se había convertido en un miembro destacado de la iglesia de Colosas. Filemón era rico y poseía una casa tan grande como para reunir allí a la iglesia (Flm. 2). Es evidente que era un miembro activo en el servicio a la obra de Cristo porque Pablo se refiere a él como un “colaborador nuestro” (Flm. 1). También tenía a su cargo por lo menos a un esclavo, un hombre llamado Onésimo (cp. Col. 4:9, donde se relaciona a Onésimo con Colosas). Este último, que no era cristiano, había huido de la casa de su amo hasta llegar a Roma. Su intención era sin duda perderse entre las multitudes que atestaban la ciudad imperial. Una vez en Roma, y en medio de circunstancias que desconocemos, conoció al apóstol Pablo. Tal vez había acudido a Epafras, que también era de Colosas. O tal vez buscó por sí mismo a Pablo. También es probable que viajara a Éfeso con su amo y hubiera conocido a Pablo cuando ejercía su ministerio en esa ciudad. Y no cabe duda de que en casa de Filemón escuchaba hablar del gran apóstol en un tono afectuoso. Cualquiera que haya sido la ocasión que rodeó el encuentro con Pablo, su vida fue transformada por completo al conocer a Jesucristo gracias al ministerio de este gran predicador.

Onésimo se ganó con prontitud la estima del apóstol (cp. Flm. 12, 16). Luego procedió a vivir dando honor a su nombre (Onésimo significa “útil”) al ayudar a Pablo (Flm. 11, 13). Pablo se habría quedado gustoso con él para discipularlo. No obstante, había un asunto pendiente que debía arreglarse. En su calidad de esclavo fugitivo, Onésimo era considerado un delincuente. Por el hecho de haber huido de su amo Filemón, había defraudado su confianza al negarle sus servicios. Es probable que también robara dinero a su amo en el momento de escapar (Flm. 18). Pablo sabía que la relación entre Onésimo y Filemón necesitaba restauración. Onésimo debía regresar a casa de su amo y procurar el perdón y la restauración.

Si Pablo hubiera enviado solo a Onésimo de regreso, tal situación habría significado poner en riesgo su vida pues podría ser capturado por buscadores de esclavos. Pero se presentó la oportunidad de enviarlo en compañía de Tíquico tras haber finalizado las cartas a los colosenses y a los efesios. Tíquico llevaría las cartas y Onésimo regresaría con él a Colosas, lo cual le garantizaría una mayor seguridad.

El regreso de Onésimo a casa de su amo significaba para Pablo un gran sacrificio y un gran riesgo para el mismo Onésimo. “La ley romana... prácticamente no establecía límites a la autoridad de un amo sobre su esclavo. La alternativa de vida o muerte para Onésimo estaba por completo en manos de Filemón, y sabemos que era costumbre usar la crucifixión como castigo para los esclavos cuando cometían ofensas, aunque éstas fueran menores. Un ladrón y un fugitivo no tenían derecho a implorar perdón” (J. B. Lightfoot, *St. Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon* [Epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 314).

También se tenía la costumbre de marcar la cabeza del esclavo con una “F” (de *fugitivo*) y de golpearlo. Un amplio porcentaje de la población del imperio era esclava, y los romanos vivían con el temor constante a una insurrección de esclavos. Aunque la última insurrección, bajo el liderazgo de Espartaco, había ocurrido hacía un siglo, los romanos no tomaban riesgos y trataban con toda dureza y rigor los casos de esclavos fugitivos. El hecho de que Onésimo estuviera dispuesto a enfrentar dichos castigos hace ver la autenticidad de su fe.

Pablo no estaba satisfecho con enviar a Onésimo bajo la protección de Tíquico, así que envía también una carta a

Filemón. En esa carta insta a Filemón a perdonar a Onésimo y a recibirlo como a un nuevo hermano en Cristo. Pablo le pide a Filemón poner en práctica el principio establecido en Efesios 4:32 y en Colosenses 3:13, y tratar a Onésimo como lo haría Cristo mismo.

## CRISTIANISMO Y ESCLAVITUD

Filemón es una carta que tiene como telón de fondo el fenómeno de la esclavitud, y es imposible apreciarla en toda su dimensión sin entenderlo un poco en el contexto del Imperio Romano.

La esclavitud era parte de la vida cotidiana del mundo antiguo. De hecho, toda la estructura de la sociedad romana se basaba en ella. “La esclavitud creció junto con el estado romano hasta que transformó la base económica de la sociedad aboliendo el trabajo libre y transfiriendo casi todas las industrias a manos de los esclavos” (Marvin R. Vincent, *The Epistles to the Philippians and to Philemon*, International Critical Commentary [Las epístolas a los filipenses y a Filemón, Comentario crítico internacional] [Edinburgh: T. & T. Clark, 1979], p. 162). Durante el período de las guerras de conquista la mayoría de los esclavos eran prisioneros de guerra. No obstante, en la época en la cual fue escrito el Nuevo Testamento, la mayoría de los esclavos habían nacido en la esclavitud. La cifra de esclavos era enorme, alcanzando cerca de un tercio de toda la población del imperio.

Se consideraba que los esclavos no eran en realidad personas bajo la ley, sino solo una propiedad de sus amos. Podían ser vendidos, intercambiados, regalados o utilizados como pago por las deudas de su amo. Un esclavo no tenía derechos legales para casarse y en caso de cohabitación debía ser aprobado y supervisado por su amo. Como ya hemos visto, los amos tenían un poder casi ilimitado para castigar a sus esclavos. El escritor romano Juvenal relató la historia de una mujer rica que ordenó la crucifixión de un esclavo y se negó a justificar el motivo, aparte del placer personal que le procuraba hacerlo.

Sin embargo, durante la era del Nuevo Testamento, la esclavitud había comenzado a cambiar. El trato que se daba a los esclavos estaba mejorando debido en parte a que los amos se dieron cuenta de que los esclavos satisfechos trabajaban mejor. Aunque aún no habían sido reconocidos como personas, los esclavos comenzaron a adquirir algunos derechos legales. En el año 20 d. C. el senado romano decretó que los esclavos acusados de crímenes debían ser juzgados en igualdad a los hombres libres (A. Rupprecht, “Slave, Slavery”, en *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible* [“Esclavo, esclavitud”, en Enciclopedia de imágenes bíblicas de Zondervan], ed. Merrill C. Tenney [Grand Rapids: Zondervan, 1977], 5:459). En algunos casos se reconocía el valor de sus propias determinaciones y con frecuencia se les permitió tener propiedades.

Los esclavos a menudo aventajaban a los hombres libres. Tenían alimento, vestido y abrigo, en tanto que los hombres libres y menesterosos a menudo dormían en las calles o en refugios baratos. Los hombres libres no tenían seguridad laboral y podían perder toda su subsistencia en momentos de escasez económica. Muchos esclavos comían y se vestían tan bien como los hombres libres.

Los esclavos podían ser médicos, músicos, maestros, artistas, libreros y contadores. En ocasiones un romano instruía a su esclavo en su propio oficio. Tenían oportunidades para educarse y formarse en casi cualquier disciplina.

Durante el primer siglo, la libertad era una posibilidad real para muchos esclavos. A menudo, los amos alimentaban en ellos la esperanza de la libertad para estimularlos a realizar un mejor trabajo. Muchos compartían amistades muy estrechas con sus amos y eran amados y cuidados con prodigalidad. En muchos casos, los esclavos no habrían aceptado la libertad si se les hubiera ofrecido, pues su trabajo les resultaba agradable y beneficioso. Los esclavos también podían pagar su propia libertad. Los amos, por su parte, podían indicar en su testamento la liberación de sus esclavos o la concesión de una parte de sus bienes después de su muerte. La concesión de la libertad a los esclavos era una práctica difundida. Un estudio señaló que en el período de 81-49 a.C. quinientos mil esclavos habían sido liberados (Rupprecht, 5:458). Durante el período de Augusto César se liberaban tantos esclavos debido a la muerte de sus amos, que fue necesario dictar una ley que limitara esta práctica (Rupprecht, 5:459). En promedio, un esclavo debía esperar entre siete y veinte años para recibir su libertad.

Resulta interesante notar que el Nuevo Testamento no se opone a la esclavitud de manera explícita. Si Jesús y los apóstoles hubieran actuado de otra manera el resultado bien podría haber sido el caos. Cualquier insurrección de esclavos habría despertado la más violenta ofensiva, llevando a miles a ser masacrados. El evangelio habría sido consumido en aras de un mensaje de reforma social. A esto se agrega el hecho de que las relaciones correctas entre amos y esclavos instauraron una institución social viable, por no decir ideal.

No obstante, el cristianismo sembró las semillas que posteriormente trajeron la abolición de la esclavitud. Esta se destruiría no mediante la sublevación social, sino a través de corazones transformados. La carta a Filemón ilustra ese principio. Pablo no le ordenó a Filemón liberar a Onésimo ni pronunció enseñanza alguna en contra de la esclavitud.

Pero al instarle a tratar a Onésimo como a un hermano (Flm. 16; cp. Ef. 6:9; Col. 4:1) Pablo desechó las injusticias de la esclavitud. Marvin Vincent comenta al respecto: “Los principios del evangelio no solo redujeron los abusos cometidos por la esclavitud, sino que terminaron destruyéndola, pues su existencia no era posible sin ellos. Exterminar los abusos de la esclavitud significaba destruir a la esclavitud misma” (Vincent, *Philemon* [Filemón], p. 167).

Un escritor resumió la importancia de Filemón en relación con la esclavitud con las siguientes palabras:

La Epístola presenta de manera vívida todo el problema de la esclavitud en la iglesia cristiana. No se denuncia la esclavitud ni siquiera en su esencia. El apóstol trata con la situación tal como se presenta. Da por sentado que Filemón tiene derechos de posesión sobre la vida de Onésimo y no pretende interferir en su posición de autoridad. No obstante, en una sola frase llena de significado, Pablo transforma el carácter mismo de la relación entre amo y esclavo. Onésimo ya no regresa como un esclavo, sino como un hermano amado (v. 16). Es evidente la contradicción que resulta al afirmar que un amo cristiano “posee” a otro hermano en Cristo en lo que esto significa en la actualidad, y aunque las costumbres de la sociedad del momento no podían ser transformadas de inmediato por el cristianismo sobre la base de una revolución política (lo cual es en esencia contrario a los principios cristianos), la relación cristiana entre amo y esclavo experimentó una transformación tal desde entonces que condujo inevitablemente a la abolición del sistema (Donald Guthrie, *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1970], p. 640).

## BOSQUEJO

Introducción (vv. 1-3)

El carácter espiritual de quien perdona (vv. 4-7)

Las acciones de quien perdona (vv. 8-18)

Los motivos de quien perdona (vv. 19-25)

# 1. El carácter espiritual de quien perdona

**Pablo, prisionero de Jesucristo, y el hermano Timoteo, al amado Filemón, colaborador nuestro, y a la amada hermana Apia, y a Arquipo nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que está en tu casa: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones, porque oigo del amor y de la fe que tienes hacia el Señor Jesús, y para con todos los santos; para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús. Pues tenemos gran gozo y consolación en tu amor, porque por ti, oh hermano, han sido confortados los corazones de los santos. (1-7)**

Vivimos en una sociedad egoísta que se centra en ella misma, y que desconoce y desatiende casi por completo el perdón. Hemos caído tan bajo en la impiedad que consideramos débiles a las personas que perdonan, en tanto que las que se niegan a perdonar son consideradas fuertes.

Nuestra cultura exalta y celebra a los héroes de la televisión que toman venganza contra otros. Los psicólogos de moda escriben libros que exaltan el culpar a otros, el guardar rencor y el buscar venganza. El resultado que esto produce es una sociedad llena de resentimiento, venganza, ira, odio y hostilidad. Los crímenes por venganza y los continuos litigios están a la orden del día, pues las personas buscan ejecutar venganza dentro o fuera de los límites de la ley. Además, la falta de perdón es tal vez la causa primordial de desintegración familiar.

La falta de voluntad para perdonar es algo impensable en la vida del cristiano. Es un acto de flagrante rebelión y desobediencia a Dios. Se nos ordena perdonar a otros como Dios nos ha perdonado (Ef. 4:32; Col. 3:13). El no hacerlo acarreará por lo menos cuatro resultados desagradables. El primero es que la falta de perdón encierra al cristiano tras las rejas del pasado. La falta de perdón mantiene vivo el dolor y deja la herida abierta impidiendo que ésta sane. Insistir en los agravios sufridos alimenta el resentimiento y la ira, lo cual sustrae el gozo de vivir. Por el contrario, el perdón abre las puertas de la prisión del pasado y libera al creyente.

En segundo lugar, la falta de perdón produce amargura. Cuanto más tiempo permanezca el creyente aferrado a las ofensas que han cometido contra él, más amargura tendrá en su vida. La amargura no es solo un pecado, sino una infección. El autor de Hebreos nos advierte: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (He. 12:15). La conversación de una persona amargada es cortante, sarcástica y hasta calumniadora. La amargura distorsiona toda la percepción que tiene una persona produciendo emociones violentas, intolerancia y pensamientos vengativos. Trae consecuencias especialmente devastadoras en la relación matrimonial. La amargura destruye por completo el afecto y la amabilidad que deben existir entre los cónyuges. La raíz de la amargura y la falta de perdón producen a menudo la cizaña del divorcio. El perdón, por el contrario, cambia la amargura por el amor, el gozo, la paz y demás frutos del Espíritu (cp. Gá. 5:22-23).

En tercer lugar, la falta de perdón abre la puerta a la obra de Satanás. Pablo advierte a los creyentes en Efesios 4:26-27: “Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo”. También escribió a los corintios: “Y al que vosotros perdonáis, yo también; porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo, para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones” (2 Co. 2:10-11). No es exagerado afirmar que gran parte del terreno que Satanás gana en nuestra vida se debe a la falta de perdón. (Si en el amor se cumple la ley respecto al prójimo [Ro. 13:8], la falta de perdón infringe esa misma ley, pues es lo mismo que la falta de amor). El perdón impide que cualquier ataque demoníaco avance en nuestra vida.

En cuarto lugar, la falta de perdón estorba nuestra comunión con Dios. Nuestro Señor nos advirtió con vehemencia: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt. 6:14-15). Como vimos en la introducción, este pasaje no hace referencia al completo perdón que sucede en el momento de la salvación, sino al perdón continuo que Dios concede al creyente en lo tocante a sus relaciones. Es un asunto muy serio saber que no podemos estar bien con Dios en tanto que no perdonamos a otros. El perdón restaura al creyente al lugar donde recibe la suprema bendición de Dios. Restaura la pureza y el gozo en la comunión con Dios.

La importancia del perdón es un tema presente en todas las Escrituras. En la Biblia existen por lo menos setenta y cinco ilustraciones diferentes acerca del perdón. Estas nos permiten comprender la importancia, la naturaleza y los

efectos del perdón.

- Perdonar es girar la llave, abrir la puerta de la celda y dejar al prisionero salir libre.
- Perdonar es escribir en letras grandes sobre una deuda: “Cancelado”.
- Perdonar es golpear con el martillo en la corte y exclamar: “¡Inocente!”.
- Perdonar es lanzar una flecha tan alto y tan lejos que jamás pueda ser hallada.
- Perdonar es juntar y desechar toda la basura de la casa y dejarla limpia y fresca.
- Perdonar es soltar las amarras de un barco y dejarlo ir en mar abierto.
- Perdonar es otorgar completo indulto a un delincuente condenado.
- Perdonar es soltar a un oponente en la lucha.
- Perdonar es limpiar un muro destrozado por el grafito y dejarlo como nuevo.
- Perdonar es romper una vasija de barro en miles de pedazos de manera que nunca más pueda ser reconstruida. (John Nieder y Thomas Thompson, *Forgive and Love Again* [Perdonar y amar otra vez] [Eugene, Oreg.: Harvest House, 1991], p. 48).

El perdón es un tema tan importante que el Espíritu Santo le consagró un libro entero de la Biblia. En la breve carta a Filemón se subraya la importancia de la responsabilidad espiritual de perdonar, pero no mediante un principio, una parábola o una ilustración. Pablo lo hace a través de una situación de la vida real en la cual participaban dos personas muy queridas por él para enseñar la importancia de perdonar a otros. Tras el preámbulo de los versículos 1 al 3, Pablo describe el carácter espiritual de quien perdona en los versículos 4 al 7. Dicha persona se interesa por Dios, por las personas, por la comunión fraternal, por el conocimiento, por la gloria y por la bendición.

## INTRODUCCIÓN

**Pablo, prisionero de Jesucristo, y el hermano Timoteo, al amado Filemón, colaborador nuestro, y a la amada hermana Apia, y a Arquipo nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que está en tu casa: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (1-3)**

**Pablo** comienza la carta con su nombre en conformidad con la práctica del mundo antiguo. El corazón de Filemón debió saltar de gozo tan pronto como vio el nombre del autor de la carta. Pablo fue el noble apóstol encargado de difundir el cristianismo en todo el mundo grecorromano. También fue el que guió a Filemón a Cristo (v. 19). Así que tanto desde la perspectiva de su importancia como de su historia personal en la vida de Filemón, el nombre de Pablo debió apremiar a Filemón a leer la carta con avidez. ¡Qué privilegio recibir una carta inspirada de Pablo! Solo Timoteo y Tito gozaron también de dicho privilegio.

Pablo se describe a sí mismo como **prisionero de Jesucristo**. Es la única carta en la cual comienza con esta descripción. Es usual que Pablo comience declarando su apostolado y señalando su autoridad. Lo mismo sucede con las epístolas pastorales. Éstas, al igual que Filemón, estaban dirigidas a individuos, pero trataban temas relacionados con la iglesia y por lo tanto poseían un matiz de autoridad. En esta carta, no obstante, Pablo decide no hacer uso de su autoridad (cp. vv. 8-9), sino más bien acudir a un amigo con gentileza y con un toque muy personal.

Aunque estaba encarcelado por Roma, Pablo se veía a sí mismo como un **prisionero de Jesucristo** (cp. Ef. 3:1; 4:1; 6:19-20; Fil. 1:13; Col. 4:3). Pablo estaba en prisión por causa de Cristo y de su voluntad para él. Al mencionar su encarcelamiento Pablo llama la atención de Filemón con sutileza. Está poniendo la situación en estos términos: “si yo puedo enfrentar la dura tarea de estar en prisión, ¿acaso no será más fácil para ti cumplir con el deber que voy a pedirte?”. Filemón conocía bien los padecimientos de Pablo por causa de Cristo. Ese conocimiento le permitía estar dispuesto a acceder a cualquier solicitud hecha por Pablo.

**Timoteo** no fue coautor de Filemón pero acompañaba a Pablo en el momento de escribir la carta. Pablo lo describe como **el hermano** porque Filemón lo conocía. Timoteo había estado con Pablo en Éfeso donde quizás conoció a Filemón. De entre todos sus acompañantes, Pablo solo menciona a Timoteo al comienzo de la carta. La frecuente mención de Timoteo al comienzo de sus cartas (cp. 2 Co. 1:1; Fil. 1:1; Col. 1:1; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1) muestra lo cercano que era al apóstol en su ministerio. Pablo sabía que algún día él mismo estaría entregándole el bastón de su liderazgo espiritual. Él quería que Timoteo fuera reconocido como líder y como próximo heredero ministerial.

Como vimos en la introducción, **Filemón** era un miembro adinerado de la iglesia de Colosas. La iglesia de Colosas se reunía en su casa y él era un miembro activo en el servicio cristiano. **Agapētos (amado)** es un apelativo familiar utilizado por Pablo tanto para individuos como para grupos (cp. Ro. 1:7; 16:5, 8-9, 12; 1 Co. 10:14; Fil. 2:12). **Colaborador** viene de *sunergos*, un término utilizado por Pablo para referirse a quienes han trabajado a su lado en la obra de Cristo (cp. Ro. 16:3; 2 Co. 8:23; Fil. 2:25; Col. 4:11). Dado que Pablo nunca había visitado Colosas (Col. 2:1) su amistad con Filemón quizás se alimentó durante su ministerio en Éfeso. En esta carta, Pablo apela a esta amistad en aras del principio espiritual del perdón y con el fin de lograr la reconciliación entre Filemón y Onésimo.

La carta también va dirigida a **Apia**, quien es sin duda la esposa de Filemón, y a **Arquipo** quien muy probablemente era su hijo. Pablo describe a Arquipo como **compañero de milicia** (cp. 2 Ti. 2:3), lo cual evidencia su activa participación en el ministerio (cp. Col. 4:17). Es posible que haya servido tanto en la iglesia de Colosas como en la de Laodicea.

Pablo también nombra **a la iglesia que está en... casa** de Filemón. Las iglesias del primer siglo se reunían en las casas y solo hasta el siglo III se conocieron los edificios denominados iglesias. La iglesia más antigua conocida fue hallada en Dura Europos en la ribera del río Éufrates en el desierto de Siria. Data de la primera mitad del siglo III y había sido construida uniendo dos habitaciones de una casa añadiendo una plataforma (E. M. Blaiklock, "Dura Europos", en *The New International Dictionary of Biblical Archaeology* [Nuevo diccionario internacional de arqueología bíblica], ed. E. M. Blaiklock and R. K. Harrison [Grand Rapids: Zondervan, 1983], p. 165). Aunque Filemón era una carta privada, Pablo quería que se leyera a toda la iglesia. Así comprenderían la importancia del perdón y confirmarían la responsabilidad de Filemón.

**Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo** es el saludo usual de Pablo. Aparece en todas sus trece epístolas (cp. Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:2; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:2; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4). **Gracia** es el medio que provee salvación, y **paz** es el resultado de la misma. La unión de **Dios nuestro Padre** y el **Señor Jesucristo** como fuentes conjuntas de gracia y paz sería una blasfemia si Jesús fuera solo un hombre o un ángel. Esta frase debe entenderse como una afirmación de la deidad de Cristo, y su igualdad con Dios.

## INTERÉS POR EL SEÑOR

**Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones, porque oigo del amor y de la fe que tienes hacia el Señor Jesús, (4-5a)**

Pablo comienza el principal bloque de texto de su carta elogiando a Filemón. Su intención no era adularlo, sino que mostraba más bien la convicción del apóstol de que el elogio legítimo nutre la virtud y constituye un antídoto contra el pecado. El carácter virtuoso de Filemón es la base sobre la cual descansa la intención de Pablo de obtener el perdón para Onésimo.

Pablo conocía de primera mano el carácter de Filemón pues fue el instrumento que Dios usó para llevarlo a Cristo y tenía la experiencia de haber trabajado con él. Epafras, el pastor de Filemón en Colosas, estaba con Pablo en Roma (v. 23). También él podía dar testimonio de Filemón, al igual que Onésimo. Estos testimonios reunidos llevaron a Pablo a decir: **Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones**. Pablo siempre daba gracias a Dios al orar por Filemón, y no hallaba reproches contra él. La Epístola a Filemón lo demuestra, pues Pablo no lo corrige ni sugiere que suceda algo indebido en su vida. Todo lo que Pablo escuchaba acerca de Filemón era bueno. No hay indicios de algún tipo de lenguaje amenazador que sugiera alguna dificultad de Filemón para perdonar a Onésimo, sino más bien el sentir de que lo haría sin problema.

La primera característica de quien perdona es la preocupación por el Señor. Pablo había escuchado acerca **del amor y de la fe** que Filemón prodigaba **hacia el Señor Jesús**. Como un cristiano genuino, Filemón se interesaba por Dios y deseaba agradarle. Puesto que Dios le había perdonado, él a su vez podía perdonar a otros. La convicción del Espíritu Santo actuando en él y la Palabra de Dios serían el incentivo para que Filemón hiciera lo correcto. El tiempo presente de *echō (tienes)* revela el continuo interés de Filemón por el Señor. Su fe invariable le dio a Pablo la certeza de su disposición para perdonar.

Los cristianos podemos perdonar porque hemos sido reconciliados con Jesucristo. Los no creyentes no poseen esa capacidad. Pablo lo señala en Romanos 3:10-16:

*Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos.*

Para quienes actúan bajo el control de la amargura el perdón resulta muy difícil.

## INTERÉS POR LAS PERSONAS

### y para con todos los santos; (5b)

En el texto griego, este versículo es un quiasmo. **Amor**, que es la primera palabra del versículo, se relaciona con la última parte de la frase “y para con todos los santos”.

Agapē (**amor**) es el amor voluntario que surge de una decisión, el amor que se sacrifica y que es humilde. El amor es un fruto del Espíritu (Gá. 5:22) y la manifestación de una fe salvadora genuina (Gá. 5:6; 1 Jn. 3:14). Los creyentes no deberían requerir instrucción acerca de este amor (1 Ts. 4:9) pues la fuente del mismo ya está en ellos mediante la presencia del Espíritu Santo (Ro. 5:5).

Debido a que la fe de Filemón era real, su manifestación natural era el verdadero amor bíblico. Este amor se expresaba en un interés genuino por las personas, un interés que le dio la capacidad de amar.

## INTERÉS POR LA COMUNIÓN FRATERNAL

### para que la participación de tu fe sea eficaz (6a)

La fe y el amor verdaderos derivan en un interés por la comunión fraternal. En el Cuerpo de Cristo no hay lugar para el individualismo ni la indiferencia hacia los demás. El interés por la comunión fraternal era otra motivación en Filemón para perdonar a Onésimo. El no hacerlo produciría una desavenencia en la comunión puesto que Onésimo era también un creyente. Al perdonar a Onésimo, Filemón guardaría la armonía, la paz y la unidad en la iglesia de Colosas.

No es fácil traducir con precisión la palabra koinōnia (**participación**). Es usual que se traduzca “comunión”, pero significa mucho más que solo disfrutar de la compañía de otros. Se refiere a compartir la totalidad de la vida y podría traducirse “pertenecer”. Los creyentes nos pertenecemos unos a otros en un compañerismo mutuo en virtud de nuestra **fe** en Cristo. Al perdonar a Onésimo, Filemón reconocería que le pertenece a su nuevo hermano en Cristo. **Eficaz** viene de energēs, cuyo significado textual es “poderoso”. Tal acto de perdón se convertiría en un mensaje poderoso para la iglesia acerca de la importancia de la comunión, la cual existe también entre amos y esclavos (cp. Gá. 3:28). Perdonar a otro creyente sin importar cuál haya sido la ofensa demuestra gran interés por la comunión entre los hermanos.

## INTERÉS POR EL CONOCIMIENTO

### en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros (6b)

Los cristianos hemos recibido “toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3). Poseemos una nueva naturaleza en nuestro interior (2 Co. 5:17). ¿Cómo lograría descubrir Filemón **todo el bien que está en él**? Epignōsis (**conocimiento**) denota un conocimiento abundante, pleno, profundo y basado en la experiencia. Es el conocimiento que viene como resultado de estar en contacto directo con la verdad. Filemón podría leer acerca del perdón o escuchar un sermón sobre el tema. Pero a menos que ejercitara el perdón en su propia vida, no lograría obtener un conocimiento acerca del mismo basado en la experiencia. Al perdonar a Onésimo, Filemón experimentaría el bien que está en él, que es el perdón. Al caminar obedeciendo a la voluntad de Dios, los creyentes experimentarían todo el bien que Dios ha preparado para ellos.

Existe una gran diferencia entre leer un libro que habla del esquí e ir a esquiar. Hay una dimensión de conocimiento que se alcanza mediante dicha lectura, pero nada se compara a la escalofriante experiencia de descender con velocidad por una montaña. Esto también se aplica al reino espiritual. Es emocionante llegar a comprender una verdad de las Escrituras por medio de nuestra inteligencia. Pero lo es mucho más vivir esa verdad en la práctica. Poner en práctica las verdades de las Escrituras nos lleva al epignōsis que nos impulsa hacia la madurez espiritual (cp. Ef. 4:12-13). Es maravilloso entender lo que significa confiar en Dios, pero lo es aún más experimentar su poder en momentos en los cuales ponemos nuestra confianza en Él sin apoyarnos en nuestras propias fuerzas.

Pablo da por sentado que Filemón desearía experimentar por sí mismo un verdadero conocimiento del perdón, al perdonar a Onésimo. Con este pasaje Pablo nos recuerda a todos la importancia que tiene el interés por el conocimiento.

## INTERÉS POR LA GLORIA



**por Cristo Jesús.** (6c)

La vida cristiana, con todos sus deberes, dichas y responsabilidades tiene sentido **por Cristo Jesús**. El sentido literal del texto griego es “hacia Cristo”. La meta de toda obra que hacen los creyentes debe ser la gloria de Cristo (cp. 1 Co. 10:31). Alguien consagrado a la gloria de Cristo no tendrá reservas para perdonar a su prójimo. Lo mismo se aplica a la realidad contraria, pues un espíritu no perdonador jamás glorificará a Cristo. Pablo estaba seguro de que Filemón perdonaría a Onésimo porque conocía su gran preocupación por glorificar a Cristo.

## INTERÉS POR LA BENDICIÓN

**Pues tenemos gran gozo y consolación en tu amor, porque por ti, oh hermano, han sido confortados los corazones de los santos.** (7)

Filemón era conocido por el **amor**, y esto es algo que trajo **gran gozo y consolación** al corazón de Pablo. A través de Filemón, **los corazones de los santos** habían sido **confortados**. **Corazones** es la traducción de *splanchna*, cuyo sentido literal es “intestinos”. Se refiere a la base donde residen los sentimientos. Los hermanos que afrontaban dificultades, que sufrían o estaban heridos en sus emociones habían sido **confortados** por Filemón. **Confortados** viene de *anapauō*, un término militar que hace referencia al descanso de una tropa tras haber realizado una marcha. Filemón proveyó descanso y renovación a todos los hermanos agobiados, actuando así como un pacificador.

Según la información que se tiene, Filemón no ejercía funciones en la iglesia como anciano, diácono ni maestro, sino que era más bien un hombre de negocios. No obstante, era un hombre que se destacaba por su bondad, y su vida bendecía a todos los que lo rodeaban. Pablo sabía que por ser ese tipo de persona, Filemón sería pronto para perdonar.

El siguiente poema titulado “Los juguetes”, escrito por Coventry Patmore, un poeta inglés del siglo XIX (citado en *Masterpieces of Religious Verse* [Obras maestras de poesía religiosa], ed. James Dalton Morrison [Nueva York: Harper & Bros., 1948], p. 342), nos recuerda la simplicidad del perdón:

Hijito mío, que miras tan atento  
hablas y actúas como adulto acallado dentro de ti,  
siete veces incumpliste mis mandatos,  
Lo golpeé y despedí  
Con palabras duras y sin un beso  
Su madre, paciente era, y ya no está.  
Luego, temiendo robar su sueño por la pena,  
Visité su cama,  
Pero lo hallé en profundo sueño,  
Sus párpados teñidos, y pestañas  
Aún húmedas del último sollozo.  
Y yo, lamentándome,  
Besé sus lágrimas dejando las mías,  
Pues en una mesa junto a su cabeza,  
Había arreglado a su alcance,  
Una caja de fichas y una piedra de colores,  
Un trozo de cristal desgastado por la playa,

Seis o siete conchas,  
Un botellín con flores,  
Y dos moneditas de cobre,  
Todo ordenado con delicadeza y arte,  
Para consolar su triste corazón.  
Oré pues esa noche  
a Dios llorando y dije:  
Ah, cuando por fin descansemos  
Sin más molestias en la muerte,  
Y tú recuerdes los juguetes  
Que al corazón trajeron gozo,  
Cuán poco entendimos,  
El gran bien que has dispuesto,  
Y como tierno Padre  
De quien moldeaste del polvo,  
Dejando de lado tu ira dirás:  
“Perdono toda nimiedad”.

Si Dios puede perdonarnos con tanta ternura, ¿qué nos impide tener el carácter para perdonar a otros como lo hizo Filemón?

## 2. Las acciones de quien perdona

**Por lo cual, aunque tengo mucha libertad en Cristo para mandarte lo que conviene, más bien te ruego por amor, siendo como soy, Pablo ya anciano, y ahora, además, prisionero de Jesucristo; te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones, el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil, el cual vuelvo a enviarte; tú, pues, recíbele como a mí mismo. Yo quisiera retenerle conmigo, para que en lugar tuyo me sirviese en mis prisiones por el evangelio; pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu favor no fuese como de necesidad, sino voluntario. Porque quizás para esto se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre; no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor. Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo. Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta. (8-18)**

Aunque es el tema de la carta a Filemón, la palabra *perdón* no aparece en el libro. Tampoco anota principios doctrinales que permitan establecer una base teológica acerca del perdón. Pablo no apela a la ley ni a los principios, sino al amor (v. 9). Y podía hacerlo así porque sabía que Filemón era un hombre piadoso, maduro espiritualmente y con un corazón recto para con Dios.

Sin duda Pablo supuso que Filemón conocía los principios bíblicos acerca del perdón en los cristianos. Es triste que no podamos decir lo mismo de cada cristiano, por lo cual resulta necesario anotar ocho principios básicos acerca de la doctrina del perdón.

El primero determina que no solo el asesinato está prohibido por el sexto mandamiento que dice: “No matarás” (Éx. 20:13), sino también la ira y la falta de perdón. Jesús le dio un sentido mucho más amplio al mandamiento en Mateo 5:21-22: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego”. Cuando Dios estableció el mandamiento de no matar, también prohibió el odio, la malicia, la ira, la venganza y la falta de perdón hacia cualquier persona. ¿Cómo debemos tratar con esas malas actitudes? En primer lugar, debemos recordar que quienes necesitan ser perdonados son criaturas de Dios. Los creyentes tienen en su interior la vida de Dios, en tanto que los no creyentes apenas son criaturas hechas a su imagen. Debemos amar y perdonar a las personas porque fueron creadas a imagen de Dios. Verlas como criaturas hechas a su imagen nos permite abandonar el rencor y sentir reverencia.

Otra manera de enfrentar las malas actitudes es recordar las palabras de Jesús en Mateo 22:39: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Por lo general sentimos que todo el mundo debe perdonarnos y nos cuesta trabajo comprender por qué otros no nos perdonan. Nos resulta fácil perdonarnos y disculparnos a nosotros mismos. Es en extremo egoísta no extender ese mismo perdón a las otras personas. El egoísmo también nos lleva a exagerar las faltas de quienes nos ofenden. Por el contrario, las personas humildes y desprendidas de todo egoísmo, ven las ofensas cometidas contra ellos como algo insignificante.

El segundo principio establece que cualquiera que nos ofende, en realidad ofende en mayor medida a Dios. Todo pecado atenta en última instancia contra Dios mismo. Cuando David cometió adulterio con Betsabé, él pecó contra ella, contra su esposo, contra su propia familia y contra la nación. Con todo, en el Salmo 51:4 él clama a Dios diciendo: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”. Por encima de las ofensas cometidas contra los hombres, la mayor ofensa causada por el pecado fue contra Dios. ¿Acaso no es más fácil que perdonemos las ofensas menores que cometen contra nosotros? Ninguno de nosotros es más justo, ni santo ni digno que Dios, y tampoco tenemos una corte más justa ni una ley más elevada que la suya.

Nadie puede llegar a ofendernos tanto como cada uno de nosotros ha ofendido a Dios. Con todo, Él en su gracia nos perdona. Los creyentes que rehúsan perdonar a otros son como el siervo malvado de la parábola de Jesús en Mateo 18. Aunque el rey le perdonó una gran deuda que era incapaz de pagar, el malvado hombre se negó a perdonar a otro siervo una deuda pequeña e insignificante. No hay punto de comparación entre las ofensas que otros han cometido contra nosotros y las que nosotros mismos hemos cometido contra Dios.

El tercer principio establece que quienes rehúsan perdonar a otros tampoco recibirán el perdón de Dios. Jesús dijo en Mateo 6:14-15: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”. El no perdonar a

otros estorba nuestra comunión con Dios y nos expone a recibir su castigo. El precio que se paga por consentir la falta de perdón es demasiado alto.

Un cuarto principio declara que quienes muestran un espíritu no perdonador no gozarán del compañerismo, de la comunión ni del amor de otros creyentes. En la parábola de Mateo 18, fueron otros siervos los que informaron al rey acerca de la conducta del siervo malvado (Mt. 18:31). Esto ilustra la disciplina en la iglesia. Una actitud rencorosa destruye las relaciones del creyente con sus hermanos en la fe. Éstos, a su vez, mediante la disciplina eclesial, pedirán a Dios ejecutar el justo castigo sobre su vida. La falta de perdón no solo obstaculiza nuestra relación con Dios, sino también con otros creyentes.

El quinto principio establece que al negarnos a perdonar y al buscar vengarnos, estamos usurpando la autoridad que solo a Dios le corresponde. Pablo amonestó a los hermanos así: “Benedicid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis... no os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:14, 19). Al no perdonar, los creyentes tomamos por nuestra cuenta la espada del juicio divino y la empuñamos quitándola de las manos del mismo Dios. Dicha actitud desenmascara la creencia de que Dios es injusto, indiferente o incapaz de juzgar, y todo esto resulta blasfemo.

Dios es mucho más capaz que cualquiera de nosotros para tratar con las ofensas cometidas en contra nuestra. Él posee una comprensión cabal de cada situación, mientras que nuestro entendimiento es limitado. Él tiene la suprema autoridad, pero nosotros no tenemos autoridad alguna. Él es imparcial y justo, en tanto que nosotros somos parciales de acuerdo con nuestros propios intereses egoístas. Él es omnisciente y eterno, y está al tanto de todo lo que sucede. Nosotros tenemos la vista muy corta y somos ignorantes e incapaces de ver más allá de lo inmediato. Él es bueno y sabio, y todo lo hace conforme a sus justos propósitos. Nosotros nos dejamos cegar a menudo por la ira, y nuestras intenciones no siempre son buenas. Por todo esto debemos dejar la venganza en manos de Dios.

El sexto principio aclara que un espíritu no perdonador inhabilita al creyente para adorar. En el Sermón del Monte, nuestro Señor dijo: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23-24).

Cabe destacar que la reconciliación, el perdón y la restauración pueden y deben ser la iniciativa de cualquiera de las partes que participan en el conflicto. Quizás la persona que tiene algo en contra suya no le ha pedido perdón y todavía guarda resentimiento. Vaya y ofrézcale su perdón de todas formas. Busque la reconciliación. Tal vez usted lo ha ofendido y nunca le ha pedido perdón. Vaya y pídale perdón.

La falta de perdón inhabilita al creyente para tener comunión con otros creyentes, pero también comunión con Dios. Adorar a Dios pese a estar viviendo en una relación rota con otro creyente es hipocresía.

Un séptimo principio nos enseña que los agravios y las ofensas que sufrimos los creyentes forman parte de las pruebas y las tentaciones que debemos enfrentar. Jesús dijo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:44-45). Si obedecemos este mandamiento y perdonamos a quienes nos ofenden, las ofensas se convertirán en pruebas. Las pruebas producen crecimiento y fortaleza en nuestra vida. Si desobedecemos y nos negamos a perdonar, esto se convertirá en una tentación que traerá como fruto el pecado. Deberíamos preocuparnos poco por lo que otros hacen contra nosotros. Más bien, deberíamos preocuparnos porque nuestra respuesta ante las ofensas las conviertan en una prueba y no en una tentación para nosotros.

Un último principio nos indica que debemos perdonar aun cuando no nos han pedido perdón. Nuestro Señor dijo: “Padre, perdónalos”, pidiendo que fueran perdonados quienes ni siquiera estaban procurando el perdón. Esteban le pidió al Señor que perdonara a quienes lo estaban martirizando aunque éstos no estaban pidiendo perdón. Aunque la relación nunca podrá ser restaurada a menos que el ofensor procure el perdón, es nuestra responsabilidad abstenernos de guardar rencor y perdonar de corazón para ser libres de toda amargura; así estaremos en disposición de manifestar amor y misericordia.

**Por lo cual** vincula la introducción con el bloque de contenido principal de la carta. Pablo no insiste en la base doctrinal del perdón porque sabe que Filemón la entiende muy bien. Y aunque Pablo tenía **mucha libertad en Cristo** para ordenarle a Filemón **lo que conviene**, se abstuvo de hacerlo. Más bien, le rogó hacerlo **por amor**.

Pablo amaba a Filemón. En el versículo 1 lo llamó agapētos, **“amado”**. En el versículo 7 escribió: “tenemos gran gozo y consolación en tu amor”. El lazo de amor que unía a estos dos hombres era tan fuerte que Pablo no tenía necesidad de darle órdenes a Filemón. Él sabía que Filemón se sentiría movido por el amor (cp. vv. 4-7). Dicho amor, que es el cumplimiento de la ley (Ro. 13:10) es el que impulsa al creyente a hacer **lo que conviene**. Por lo tanto, era innecesario

que Pablo apelara a su autoridad apostólica.

A pesar de la madurez espiritual de Filemón y de su profundo amor por Pablo, el apóstol era consciente de la dificultad que entrañaba para él, en tanto que hombre, perdonar a Onésimo. Con toda seguridad Onésimo estaba justo frente a Filemón cuando este leyó la carta. Al ver a su esclavo fugitivo, que le había causado tantos males, quizás luchó para controlar sus emociones. Para ayudarle a Filemón a superar cualquier sentimiento de ira u hostilidad, Pablo anota una declaración acerca de sí mismo. De esa manera espera persuadir a Filemón de concederle su petición en lo que atañe a Onésimo. Esta declaración es: **siendo como soy, Pablo ya anciano, y ahora, además, prisionero de Jesucristo.** Presbutēs (**anciano**) difiere tan solo en una letra de prebutēs (“embajador”), que en ocasiones se ha escrito presbutēs (cp. Ef. 6:20). Esta traducción, no obstante, parece estar fuera de lugar dentro del contexto. Pablo acaba de negarse a usar su autoridad apostólica y resulta difícil imaginar que tratara de hacer alusión a ella.

Aunque Pablo tenía unos sesenta años, una edad avanzada para esa época en la cual el promedio de vida era inferior, es probable que no superara en mucho la edad de Filemón, que tenía un hijo adulto en el ministerio. Pero cuando se trata de Pablo, **anciano** significa mucho más que la edad cronológica. Pablo era mucho más anciano que lo indicado por su edad. En su caso, el proceso de envejecimiento se había acelerado debido a todos sus sufrimientos (cp. 2 Co. 11:23-30). Los años de encarcelamiento, los azotes, la mala alimentación, las enfermedades, los viajes llenos de dificultades, la persecución y la preocupación por las iglesias habían cobrado su pago. Había vivido cinco vidas en solo tres veintenas de años. La descripción de Pablo de sí mismo como el **anciano** encerraba toda esta realidad. Es indudable que esto produjo en Filemón una respuesta de simpatía y amor hacia el anciano y valiente guerrero que lo había guiado a Cristo.

Como si esto no fuera suficiente para despertar la simpatía de Filemón, Pablo hace referencia a sus cadenas otra vez. Le recuerda a Filemón que es **prisionero de Jesucristo**. Filemón no podía negar petición alguna a un hombre que enfrentaba semejante sufrimiento honorífico.

A partir del versículo 10, Pablo procede a hacer la petición específica. En los versículos 10-18 describe las tres acciones que debe realizar quien perdona. El perdón implica recibimiento, restauración y restitución.

## RECIBIMIENTO

**te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones, el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil, el cual vuelvo a enviarte; tú, pues, recíbele como a mí mismo. Yo quisiera retenerle conmigo, para que en lugar tuyo me sirviese en mis prisiones por el evangelio; pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu favor no fuese como de necesidad, sino voluntario.** (10-14)

El recibimiento es el primer paso en el proceso de perdonar. Este significa abrirle de nuevo la puerta y recibir al ofensor. Filemón tenía el deber de recibir de nuevo a su esclavo Onésimo, pues este solicitaba el perdón mediante tres demostraciones claras.

La primera es que Onésimo estaba arrepentido. El hecho mismo de que Onésimo estuviera presente ante Filemón en el momento de leer la carta demuestra una actitud arrepentida. Había regresado a encarar al amo a quien había defraudado y quien tenía toda la autoridad para castigarlo severamente. Antes de pronunciar cualquier palabra de arrepentimiento, Onésimo ya había demostrado el fruto de un genuino arrepentimiento (cp. Mt. 3:8). Pablo aboga por su **hijo** en la fe, **a quien** engendró en sus **prisiones**, y quien procuraba restaurar su relación con su amo, al que había agraviado. Quien fuera antes un fugitivo, era ahora el fruto espiritual de Pablo, al igual que Timoteo y el mismo Filemón. Su arrepentimiento hace evidente la autenticidad de su fe.

La segunda es que Onésimo era una persona completamente cambiada. Filemón no recibiría al mismo hombre que huyó. El esclavo que antes era **inútil** había sido transformado por la gracia de Dios. Estaba listo para servir a Filemón “con corazón sincero, temiendo a Dios” (Col. 3:22). En el versículo 11, Pablo hace un juego de palabras. Onésimo era un nombre que se usaba con frecuencia para los esclavos y su significado es “útil”. Pablo está diciendo, en efecto: “útil era antes inútil, pero ahora es útil”. Era un hombre diferente, tal como Pablo lo había constatado y como Filemón pronto lo haría.

La tercera es que Onésimo había demostrado ser fiel. Tan útil era para Pablo, que al enviarlo de regreso a su amo expresó: “te lo envío de vuelta, y con él va mi propio corazón”. Al igual que en el versículo 7, **corazón** es la traducción de *splanchna*, cuyo significado literal es “intestinos”, el lugar donde residirían los sentimientos. Los sentimientos de Pablo hacia este esclavo fugitivo de origen frigio habían crecido hasta hacerse muy profundos. Pablo había descubierto en él a un gran hombre digno de conocerse y amarse. Pablo sabía que Filemón aprobaría también esta verdad acerca de Onésimo, y que lo recibiría de nuevo.

Onésimo se había convertido en un colaborador tan útil para Pablo que el apóstol **quisiera retenerle** a su lado. En Roma, Onésimo podría servir a Pablo en lugar de Filemón y **en sus prisiones por el evangelio**. Pablo afirma de nuevo el

carácter gentil y amoroso de Filemón. Sabía que a este le habría gustado estar allí para asistir a Pablo en persona, pero contar con Onésimo para hacerlo en su lugar sería igualmente provechoso. Pablo da por sentado que esto es lo que Filemón quería, sin forzar el alcance de su relación con Filemón ni buscar sacar provecho personal a costa de la restauración que estaba por realizarse con Onésimo. Pablo no aspiraba a tomar iniciativa alguna sin el **consentimiento** de Filemón. No deseaba actuar con presunción sobre la base de su amistad, y era necesario que Filemón y Onésimo se encontraran de nuevo. Además, el apóstol no quería que Filemón actuara por **necesidad**, sino que todo surgiera de su ánimo **voluntario**. Pablo no pretendía forzar a Filemón a tomar cualquier determinación, sino que él mismo decidiera hacer el bien de manera voluntaria. Aun más que eso, el apóstol ansiaba que Filemón constatará por sí mismo la transformación y el gran valor de Onésimo.

## RESTAURACIÓN

**Porque quizás para esto se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre; no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor.** (15-16)

Pablo le solicita a Filemón no solo recibir a Onésimo, sino también restaurarlo a su antigua posición de servicio. Su intención no era justificar la culpa de Onésimo, pero sí se vale de la ocasión para declarar que la divina providencia estaba obrando en la situación. Le dice a Filemón: **“quizás para esto se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre”**, como a otro creyente con el cual compartiría las bendiciones de la vida eterna. Dice **“quizás”** porque en realidad ningún hombre puede llegar a comprender los designios secretos de Dios que se esconden tras cada circunstancia. Pero no cabe duda que resulta razonable pensar que Dios tenía esto en mente cuando Onésimo huyó. Pablo estaba sugiriéndole a Filemón que Dios había usado una circunstancia adversa para extraer de ella algo bueno (cp. Gn. 50:20; Ro. 8:28). Dios triunfa sobre el pecado mediante su poderosa providencia y su gracia. Él toma los innumerables sucesos provocados por las acciones humanas y los usa para llevar a cabo sus propios designios. La separación de Onésimo **por algún tiempo** resultó por fin en que Filemón lo tendría con él **para siempre**.

Onésimo había huido en calidad de esclavo, pero había regresado **no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado**. Pablo no está procurando la emancipación de Onésimo (cp. 1 Co. 7:20-22). Más bien, insta a Filemón a recibir a Onésimo ya no como un esclavo, **sino como más que esclavo, como hermano amado**, como lo era para él mismo. **Cuánto más** Filemón disfrutaría ahora la comunión con Onésimo **tanto en la carne**, al trabajar juntos, **como en el Señor**, al poder servir y adorar juntos a su Dios. Pablo gozaba de una relación con Onésimo basada en su compañerismo en Cristo. Filemón, por su parte, disfrutaría también esa relación en términos de amo y esclavo. Recibiría así una doble bendición. Por un lado, el servicio material en su calidad de esclavo, y por el otro, el servicio espiritual como hermano en la fe en Cristo.

## RESTITUCIÓN

**Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo. Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta.** (17-18)

Filemón había sufrido un agravio a causa de la huida de Onésimo. Puesto que desconocía si Onésimo iba a regresar, es probable que hubiera encontrado a alguien para tomar su lugar. Además, parece que Onésimo tomó dinero o bienes de Filemón para financiar su huida. La Biblia nos enseña con toda claridad que en esos casos es necesario restituir (cp. Nm. 5:6-8).

Para Onésimo era imposible pagar todo lo que le debía a Filemón. Lo más probable es que no hubiera conseguido empleo en Roma, y la Epístola a los Colosenses sugiere que invertía todo su tiempo en servir a Pablo. Pablo afronta el asunto de la restitución pidiéndole a Filemón que reciba a Onésimo **“como a mí mismo”**. Con toda seguridad Filemón veía a Pablo como un koinōnon (**compañero**), y Pablo le encomienda recibirlo como lo haría con él mismo.

La restitución es un componente esencial del perdón, de manera que sería justo por parte de Filemón esperar recibirla por parte de Onésimo. No obstante, también es correcto perdonar con misericordia y no esperar restitución. El hecho de perdonar la deuda de Onésimo sería una maravillosa manifestación de amor y misericordia por parte de Filemón. Con todo, el anhelo de Pablo era que Filemón no se sintiera presionado a hacerlo.

En conformidad con el principio de la restitución Pablo afirma: **“si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta”**. Al ofrecerse a asumir la deuda de Onésimo, Pablo despeja cualquier presión que pudiera recaer sobre Filemón.

La disposición de Pablo a pagar la deuda de Onésimo con el fin de restaurar su relación con Filemón es una hermosa ilustración de la obra de Cristo. Filemón, al igual que Dios, ha recibido ofensas. Onésimo, como cualquier pecador,

precisa la reconciliación. Pablo, por su parte, se ofreció para pagar el precio necesario para hacerla posible. Este es el mismo papel que desempeña Jesús en la relación entre el pecador y Dios. Pablo, al igual que Cristo, estuvo dispuesto a pagar el precio de la reconciliación.

En ninguna otra circunstancia nos mostramos más semejantes a Dios como cuando perdonamos. Lo mismo es cierto en cuanto a Cristo cuando pagamos la deuda de alguien para hacer posible la reconciliación. La disposición de Pablo a sufrir las consecuencias temporales del pecado de Onésimo refleja la misma disposición de Cristo a padecer las consecuencias eternas de nuestro pecado.

Aunque la Biblia no habla acerca de lo que hizo al fin Filemón, no cabe duda de que Filemón perdonó a Onésimo sin reservas y que no le cobró a Pablo deuda alguna. En vista de que Cristo lo había perdonado, y de la petición hecha por Pablo, Filemón no haría menos que eso.

### 3. Los motivos de quien perdona

**Yo Pablo lo escribo de mi mano, yo lo pagaré; por no decirte que aun tú mismo te me debes también. Sí, hermano, tenga yo algún provecho de ti en el Señor; conforta mi corazón en el Señor. Te he escrito confiando en tu obediencia, sabiendo que harás aun más de lo que te digo. Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os seré concedido. Te saludan Epafras, mi compañero de prisiones por Cristo Jesús, Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén. (19-25)**

Sir Thomas More, lord canciller de Inglaterra bajo el reinado de Enrique VIII, dirigió las siguientes palabras a los jueces que de manera injusta lo habían condenado a muerte: “Al igual que el bendito apóstol san Pablo... consintió en la muerte de san Esteban y guardó sus ropas mientras lo apedreaban hasta darle muerte, y ahora permanecen los dos juntos como santos en el cielo donde serán amigos por siempre, confío yo asimismo y en verdad, y es ésta mi oración fervorosa, que aunque en vuestro señorío habéis sido mis jueces en esta tierra para mi condenación, podamos aún en un futuro en el cielo encontramos juntos con gozo para nuestra eterna salvación” (citado en R. W. Chambers, *Thomas More* [Thomas More] [Londres: Bedford Historical Series, 1938], p. 342). La declaración de More revela la belleza del perdón. Vemos lo mismo en las palabras de Esteban: “Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hch. 7:60) y en las de nuestro Señor: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34).

Al concluir su carta a Filemón, Pablo reflexiona acerca de los motivos para perdonar. Con palabras llenas de bondad pero con gran vehemencia, Pablo procura dar un toque final para mover el corazón de Filemón a fin de que perdone a Onésimo. Cada observación del apóstol contiene una semilla de verdad que debe motivarnos a cada uno en particular a perdonar. En este pasaje podemos destacar seis motivos para perdonar a otros: el reconocimiento de una deuda impagable, la posibilidad de bendecir, la necesidad de obedecer, el reconocimiento de la responsabilidad, la importancia de guardar la comunión y la necesidad de la gracia.

#### EL RECONOCIMIENTO DE UNA DEUDA IMPAGABLE

**Yo Pablo lo escribo de mi mano, yo lo pagaré; por no decirte que aun tú mismo te me debes también. (19)**

Al escribir sus cartas, Pablo tenía como costumbre servirse de un amanuense. No obstante, en muchas de sus cartas escribió un saludo de despedida **de su mano** (cp. Col. 4:18; 2 Ts. 3:17). Los versículos 19 al 25, y probablemente toda la carta, fueron escritos por la mano de Pablo.

En el versículo 18 Pablo se ofreció a pagar la deuda de Onésimo. Como vimos en el capítulo anterior, es muy probable que Onésimo hubiera robado dinero o bienes a Filemón en el momento de huir. Pablo sabía que la restitución era una parte esencial del perdón, y también sabía que Onésimo no contaba con los medios para pagarle a Filemón. Al ofrecerse a pagar esta deuda escribiendo con su propia mano, Pablo estaba firmando de su propio puño y letra un pagaré. Y a pesar de estar encarcelado es probable que Pablo contara con los recursos económicos para pagar la deuda de Onésimo (cp. Fil. 4:14-18).

Pablo hace luego una breve pausa para recordarle a Filemón: “**aun tú mismo te me debes también**”. La intención de Pablo es cargar a su cuenta toda la deuda de Onésimo y luego cancelarla mediante la deuda misma que Filemón tiene para con él, la cual es mucho mayor. Onésimo le adeuda a Filemón algo temporal, mientras que Filemón tiene para con Pablo una deuda eterna. Pablo le había comunicado el evangelio y lo había guiado hasta el conocimiento salvador de Jesucristo. Esta es una deuda que Filemón jamás podría pagar.

El mismo principio se puede aplicar a todos nosotros. Cuando alguien nos ofende e incurre en una deuda con nosotros deberíamos recordar que también tenemos deudas con otras personas. Todos hemos recibido favores espirituales de otras personas que jamás podríamos pagar, y por lo tanto estamos en deuda con ellas.

En mi propia vida soy deudor a muchas personas. Estoy en deuda con mis padres que con tanta piedad me guiaron a Cristo enseñándome las Escrituras y animándome a participar en el ministerio. Tengo una deuda con ellos por haberme apoyado, por haber suplido todas mis necesidades y por educarme. Estoy en deuda con ellos por haberme disciplinado y enseñado a ser responsable por mis actos durante todo mi desarrollo.



Estoy en deuda con mi esposa por su amistad, su amor, su apoyo, su sabiduría y todo lo que ha invertido en mi vida. Tengo una deuda con mis hijos por su amabilidad, su cuidado e interés por mí, y por atender a mis demandas.

Estoy en deuda con muchos amigos que me han servido de muchas maneras. Estoy en deuda con mis profesores de la universidad y del seminario, así como con todos los hombres que han escrito los libros que he usado para instruirme. Estoy en deuda con mis colegas de trabajo y con mis compañeros en el pastorado con quienes testifico del evangelio. Estoy en deuda con mi congregación por todo su respaldo, su ánimo y su amistad.

Todos los que tenemos deudas tan grandes y con tantas personas debemos ser prontos para perdonar a otros que nos deben. Cuando hemos recibido de tantas personas todas esas riquezas espirituales que son impagables y que no nos están cobrando, ¿acaso es demasiado pedir que por nuestra parte perdonemos deudas temporales?

## LA POSIBILIDAD DE BENDECIR

**Sí, hermano, tenga yo algún provecho de ti en el Señor; conforta mi corazón en el Señor. (20)**

Las expresiones “yo” y “mi” sirven en el texto griego para resaltar la frase. La vida de Filemón ha sido una bendición para muchas personas (cp. v. 7). Ahora Pablo le pide que reciba a su vez esa bendición. **Provecho** viene de *oninēmi*, el verbo que da origen al nombre Onésimo. Es posible que Pablo esté haciendo aquí otro juego de palabras usando este nombre (cp. v. 11). Al perdonar a Onésimo, Filemón brindaría algún **provecho** a Pablo **en el Señor** al procurarle gozo por su ejemplo de obediencia y de amor a la iglesia. Pablo interpela a los filipenses diciendo: “completa mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil. 2:2). Al perdonar a Onésimo, Filemón guardaría la unidad en la congregación de Colosas y esto produciría un gran gozo en el corazón de Pablo. Confortaría su **corazón en el Señor** y recibiría abundante bendición espiritual. En caso de no perdonar a Onésimo, el corazón del apóstol se llenaría de tristeza ya que amaba tanto a ambos hombres. Asimismo, tal actitud echaría a perder el testimonio de la iglesia de Colosas ante el mundo que era espectador y testigo de sus actos. Los creyentes debemos sentirnos motivados a perdonar al saber que el perdón procura gozo y bendición a otros creyentes.

## LA NECESIDAD DE OBEDECER

**Te he escrito confiando en tu obediencia, sabiendo que harás aun más de lo que te digo. (21)**

Pablo estaba **confiando** en la **obediencia** de Filemón a Cristo. No ponía en duda su deseo de obedecerle (cp. v. 8), pero en este pasaje rememora la necesidad de obedecer a Cristo. Pablo conocía el carácter piadoso de Filemón (cp. vv. 4-7) y por eso confiaba en que lo haría.

Como ya hemos visto, podemos suponer que Filemón conocía bien la teología del perdón. Conocía el principio enseñado en Mateo 6 que instruye acerca de la disposición de Dios para perdonarnos cuando nosotros hemos perdonado a otros. Sabía también que nuestro Señor había enseñado que no hay límites para el perdón (Mt. 18:21-22; Lc. 17:3-4). Y es indudable que conocía las enseñanzas de Pablo acerca del perdón (cp. 2 Co. 2:7; Ef. 4:32; Col. 3:13). Dado que Filemón estaba al tanto de los mandamientos concernientes al perdón, Pablo no vuelve a insistir sobre ellos.

Algunos sugieren que las palabras de Pablo “**sabiendo que harás aun más de lo que te digo**” son un llamado a la emancipación de Onésimo. No obstante, dicha afirmación no puede justificarse (cp. v. 16). Hay otras posibilidades de interpretación. Por medio de esta frase Pablo podría estar solicitándole a Filemón que recibiera a Onésimo con los brazos abiertos y no de mala voluntad (cp. Lc. 15:22-24). Asimismo, puede significar que Pablo estaba pidiéndole a Filemón que le permitiera a Onésimo el poder servir junto con él en el ministerio, a la vez que le servía en su casa. Por último, es probable que Pablo estuviera exhortando a Filemón a perdonar a otros que lo hubieran ofendido.

Filemón debía obedecer a Dios, cuyo mandato era perdonar por amor y de manera voluntaria, no por miedo ni forzado por la ley.

## EL RECONOCIMIENTO DE LA RESPONSABILIDAD

**Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os seré concedido. (22)**

Pablo aguardaba la esperanza de la liberación de su primer encarcelamiento, pues los cargos en su contra eran de poco peso (cp. Fil. 2:23-24). Ahora estaba convencido de que su liberación sería inminente, quizás porque ya se había establecido una fecha para su declaración ante la corte imperial. Por consiguiente, le pide a Filemón: “**Prepárame también alojamiento**” para su estadía en Colosas. Algunos años antes, Pablo les había escrito a los romanos acerca de

su deseo de ir a España (Ro. 15:24, 28). Sin embargo, en los años siguientes estos planes cambiaron. Ahora el apóstol abrigaba la posibilidad de volver a visitar las iglesias del este, antes de dirigirse hacia el oeste.

De todas las peticiones de Pablo a Filemón ésta es la menos sutil. No utiliza la amenaza con Filemón como lo hizo alguna vez con los corintios (cp. 1 Co. 4:21). Sin embargo, podemos ver que “existe cierto apremio sutil al hacer mención de una visita a Colosas en persona. El apóstol podría de esa manera verificar por sí mismo si Filemón no había defraudado sus esperanzas” (J. B. Lightfoot, *St. Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon* [Epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 345).

Pablo prosigue mencionando los medios por los cuales se realizará su liberación. Le escribe a Filemón: **“espero que por vuestras oraciones os seré concedido”**. Las oraciones actúan como los nervios que comunican el movimiento a los músculos de la omnipotencia. La oración no es un ejercicio inútil que nos lleva a pensar que de cualquier manera se hará la voluntad de Dios. La oración es el medio a través del cual la voluntad de Dios se lleva a cabo. “La oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16). Pablo comprendió que la soberanía de Dios ejecuta sus designios mediante la oración.

No cabe duda de que la petición de Pablo produciría algún efecto en la manera como Filemón trataría a Onésimo. Para Filemón resultaría en extremo difícil orar porque Pablo pudiera visitar Colosas si antes no hubiera perdonado a Onésimo. Pero si hubiera abandonado la oración por la liberación de Pablo, quizás éste hubiera permanecido encarcelado. El apóstol conduce a Filemón con gran destreza, hasta el punto del cual solo puede salir perdonando a Onésimo. Esto es responsabilidad espiritual en acción.

Todos los creyentes debemos rendir cuentas a los responsables de nuestra vida delante del Señor. Hebreos 13:17 dice: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta”. Ya que los líderes son responsables de velar por la vida de los que están a su cargo, también tienen el derecho de pedirles cuentas a éstos. Reconocer nuestra responsabilidad es un motivo poderoso para perdonar.

## LA IMPORTANCIA DE GUARDAR LA COMUNIÓN

**Te saludan Epafras, mi compañero de prisiones por Cristo Jesús, Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores.** (23-24)

La vida cristiana no se vive en aislamiento. Los creyentes no actuamos solos ni separados de otros. Pablo nombra a cinco de sus colaboradores conocidos por Filemón, haciéndole ver que también era responsable ante todos ellos. El no perdonar a Onésimo habría causado en estos hombres una gran decepción pues esperaban lo mejor de Filemón, y habrían tenido que recurrir a la disciplina en su caso.

También se menciona a estos cinco hombres en Colosenses 4:10-14. Tíquico, quien fuera nombrado en Colosenses, no se menciona aquí. Como portador de las cartas a Filemón y a los colosenses podía dar su saludo en persona. El hecho de que Jesús Justo fuera mencionado en Colosenses pero no en este pasaje significa que Filemón no lo conocía. Tal vez era nativo de Roma.

Es muy probable que **Epafras** se hubiera convertido gracias al ministerio de Pablo, y que fuera el fundador de las iglesias de Colosas así como de Laodicea y de Hierápolis. Era nativo de Colosas (Col. 4:12) por lo que Filemón lo conocía muy bien. Quizás fue el pastor de la iglesia que se reunía en su casa. En Colosenses 1:7 se habla de él como “nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros”. Colosenses 4:12-13 también señala que era un hombre consagrado a la oración, con un gran corazón para pastorear a su iglesia. Pablo lo describe como su **compañero de prisiones por Cristo Jesús**. No sabemos si Epafras era en realidad un prisionero o si solo acompañaba a Pablo para identificarse con sus prisiones.

**Marcos** era el mismo Juan Marcos, el primo de Bernabé y autor del Evangelio que lleva su nombre. El error que cometió durante el primer viaje misionero de Pablo (Hch. 13:13) produjo la separación entre el apóstol y Bernabé (Hch. 15:36-39). Pero ahora Marcos era un hombre transformado. Mediante la disciplina impuesta por Pablo y bajo la supervisión de Pedro (cp. 1 P. 5:13) y de Bernabé, había alcanzado la madurez espiritual. Se había convertido en un colaborador tan preciado para Pablo, que el apóstol pidió verlo poco antes de su muerte (1 Ti. 4:11).

**Aristarco** era un creyente judío (Col. 4:11), nativo de Tesalónica (Hch. 20:4; 27:2). Se había unido a Pablo durante mucho tiempo y lo había acompañado en algunos momentos de dificultad. Estuvo con él en la ocasión del alboroto en Éfeso (Hch. 19:29) y durante el infausto viaje a Roma que culminó en el naufragio (Hch. 27:4). Era un amado colaborador de Pablo y también estuvo a su lado en su encarcelamiento (Col. 4:10). Según la tradición, Aristarco fue martirizado en Roma durante las persecuciones de Nerón.

No sabemos mucho acerca de **Demas**, pero lo que sabemos no es muy alentador. En 2 Timoteo 4:10 Pablo escribe acerca de él: “porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica”. Lo más probable es

que fuera un apóstata, pues Juan escribió: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15). No obstante, en ese momento todavía era colaborador de Pablo.

**Lucas**, “el médico amado” (Col. 4:14) era un médico gentil, cristiano y autor del tercer Evangelio. Fue un asiduo acompañante de Pablo en sus viajes, y sin duda cuidó de él debido a sus frecuentes quebrantos de salud. Fue un amigo fiel de Pablo y el único que lo acompañó en sus últimos días (2 Ti. 4:11).

Filemón conocía muy bien a estos cinco hombres. De manera que tenía frente a él la oportunidad de erigir un buen ejemplo perdonando a Onésimo. Por otro lado, el no hacerlo habría fracturado la comunión que gozaban como hermanos en la fe.

## LA NECESIDAD DE LA GRACIA

### **La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. (25)**

Podemos saber con certeza que, en este punto, Filemón ya estaba persuadido de su necesidad de perdonar a Onésimo. Pero en caso de necesitar fortaleza para hacerlo, Pablo añade estas últimas palabras. Esta conocida bendición es en realidad una oración para que Filemón, su familia y la iglesia de Colosas reciban la gracia necesaria para perdonar a Onésimo.

Pablo sabe muy bien que su solicitud no puede llevarse a cabo en la carne, porque lo que la carne busca es la venganza. Tampoco es posible mediante la ley, porque la ley exige justicia. Aunque Filemón no podía perdonar a Onésimo en sus propias fuerzas, sí era posible mediante **la gracia de nuestro Señor Jesucristo** que obraba en su vida. Pablo ora para que Filemón despliegue la misma gracia que le permitió a Cristo perdonar.

## CONCLUSIÓN

La Epístola a Filemón termina aquí, pero no la historia. ¿Qué sucedió al fin? No cabe duda de que Filemón perdonó a Onésimo. Es improbable que el libro hubiera sido aceptado en el canon del Nuevo Testamento si así no fuera. Si Filemón no hubiera perdonado a Onésimo, su inclusión en el canon habría dejado una falsa impresión permanente. Si Filemón no hubiera sido el hombre piadoso y lleno de virtudes que Pablo describe en su carta, no tendría propósito alguno que el Espíritu Santo añadiera este libro al Nuevo Testamento. Además, como parte del canon, este libro habría tenido una gran circulación en la iglesia primitiva. Si Filemón no hubiera perdonado a Onésimo resultaría impensable que no existiera oposición para incluirlo en el canon. (La amplia circulación de la carta también confirma su autenticidad).

Como un último acontecimiento en la historia de Pablo y Onésimo, al fin el apóstol fue liberado de prisión tal como lo había previsto (cp. v. 22) y viajó a muchos lugares. Uno de sus viajes fue sin duda alguna a Colosas, donde verificó por sí mismo el trato que Filemón le dio a Onésimo.

Cincuenta años más tarde, el padre Ignacio de la iglesia en Esmirna, de camino al martirio en Roma, escribió una carta a la iglesia en Éfeso. En esa carta dijo: “recibí vuestra gran congregación en la persona de Onésimo, su obispo [pastor] en este mundo, un hombre cuyo amor supera cualquier descripción con las palabras” (citado en Cyril C. Richardson, ed., *Early Christian Fathers* [Padres de la iglesia primitiva] [Nueva York: Macmillan, 1978], p. 88). ¿Es posible que se trate del mismo hombre? Quizás no, porque Onésimo sería en ese momento demasiado anciano. Pero si así fuera, sería un final muy apropiado para una de las más grandiosas historias de la era apostólica.

Hay una historia que sucedió en el presente siglo y que ilustra el poder del perdón. Comienza un domingo a las 7:55 a.m., el 7 de diciembre de 1941. En una audaz y sorpresiva incursión aérea, los japoneses atacaron la base naval de los Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawai. En menos de dos horas, 2.403 soldados, marinos y civiles norteamericanos fueron asesinados, y otros 1.178 resultaron heridos. La fuerza aérea perdió 188 aviones en total y gran parte de la flota del pacífico de los Estados Unidos fue destruida o dañada.

La incursión estuvo bajo el mando de un brillante piloto japonés de treinta y nueve años llamado Mitsuo Fuchida, cuyo ídolo era Adolfo Hitler. Aunque su avión recibió varios disparos desde tierra, sobrevivió a los ataques. El ataque a Pearl Harbor llevó a los Estados Unidos a participar en la Segunda Guerra mundial, la cual culminó en la destrucción del territorio japonés mediante el uso de las bombas atómicas.

Después de la guerra, Fuchida se sintió asaltado por los recuerdos de tantas muertes que había presenciado. En un

intento por encontrar sosiego, se mudó al campo cerca de Osaka. Sus pensamientos giraban cada vez más en torno al problema de la paz, y decidió escribir un libro acerca del tema. En su libro, que había pensado titular *No más Pearl Harbors*, instaría al mundo a buscar la paz. Sin embargo, Fuchida luchó en vano en su intento por encontrar un principio sobre el cual pudiera fundamentar la paz. Su historia fue recopilada por Donald A. Rosenberg, un asistente de la marina norteamericana que sobrevivió al ataque a Pearl Harbor. Éste escribió:

[Fuchida] escuchó dos historias de prisioneros de guerra que lo llenaron de emoción. Las historias parecían ilustrar el principio que estaba buscando.

La primera historia la escuchó de un amigo: un teniente que había sido capturado por los norteamericanos y encarcelado en un campo para prisioneros de guerra en Estados Unidos. Fuchida vio su nombre en un periódico en una lista de prisioneros que regresaban a Japón. Decidió ir a visitarlo y, cuando se encontraron, hablaron acerca de muchos temas. Por fin Fuchida le lanzó la pregunta que prevalecía en su mente: “¿y cómo lo trataron en el campo de prisioneros de guerra?”. Su amigo le dijo que lo habían tratado bastante bien aunque había sufrido mucho mental y espiritualmente. Luego prosiguió contándole a Fuchida una historia que le había impresionado mucho a él y a todos los prisioneros que estaban en el campo. Relató: “algo sucedió en el campo donde yo estaba recluido que nos permitió a todos superar nuestro resentimiento y odio, y regresar a cambio con un espíritu perdonador y un sentimiento de alegría”.

Había una jovencita norteamericana llamada Margaret “Peggy” Covell, de unos veinte años de edad y que venía con regularidad al campo sirviendo en todo lo que podía a los prisioneros. Les traía cosas que podían agradarles, tales como revistas y periódicos. Cuidaba de los que estaban enfermos y en todo se mostraba solícita para ayudarles. Sin embargo, todos quedaron atónitos cuando le preguntaron la razón por la cual se interesaba tanto por ayudarles. Ella respondió: “¡Porque mis padres fueron asesinados por el ejército japonés!”.

Semejante declaración habría conmocionado a cualquier persona de cualquier cultura, pero para los japoneses era sencillamente incomprendible. En su sociedad no existe mayor ofensa que el asesinato de los padres. Peggy trató de explicarles sus motivos. Les dijo que sus padres habían sido misioneros en Filipinas. Cuando los japoneses invadieron las islas, sus padres huyeron a las montañas del norte de Luzón para refugiarse. Pero mientras lo intentaban fueron descubiertos. Los japoneses los acusaron de ser espías y los condenaron a muerte. Sus padres declararon con insistencia que no eran espías pero los japoneses no lo creyeron y procedieron a ejecutarlos.

Peggy no supo nada acerca de lo sucedido a sus padres, sino hasta el final de la guerra. Cuando se enteró de la muerte de sus padres su primera reacción fue de ira y odio amargos. Estaba furiosa por su pena y por su indignación. Los recuerdos que tenía de las últimas horas que había disfrutado con sus padres la llenaban de dolor. Se los imaginaba atrapados, a merced de sus captores, indefensos y sin salida. Pensaba en lo crueles y despiadados que serían con ellos. Imaginó el momento en el que los japoneses realizaron la ejecución y ellos caían muertos a tierra en medio de una montaña lejana en Filipinas.

Luego Peggy comenzó a meditar en el amor abnegado de sus padres por los japoneses. Poco a poco se persuadió de que sus padres habrían perdonado sin reservas a este pueblo que Dios les había puesto a amar y servir. Entonces pensó que si sus padres habían muerto sin resentimiento ni rencor hacia sus verdugos, ¿por qué razón su actitud debía ser

diferente? ¿Se llenaría de odio y ánimo de venganza mientras que ellos habían abrigado hasta el final el amor y el perdón? Su respuesta solo podía ser un no rotundo. Así que optó por el camino del amor y del perdón. Decidió servir a los prisioneros japoneses en las cercanías del campo de prisioneros de guerra como prueba de su sinceridad.

Fuchida se sintió conmovido por esta historia, pero lo que más le impresionó fue la posibilidad de haber descubierto lo que estaba buscando: un principio lo suficientemente sólido como para fundamentar la paz. ¿Sería posible que la respuesta a su pregunta fuera el amor perdonador que fluye de Dios hacia los hombres y luego entre los hombres? ¿Acaso sería ese el principio sobre el cual podría basar el mensaje de su libro *No más Pearl Harbors*?

Poco tiempo después, Fuchida recibió una invitación del general Douglas MacArthur para ir a Tokio. En el momento de descender del tren en la estación Shibuya alguien le entregó un folleto titulado “Yo fui un prisionero de los japoneses”. En él se relataba la historia del sargento Jacob DeShazer, que había pasado cuarenta meses en la celda de una prisión en Japón y el cual, después de la guerra, había regresado a Japón para amar y servir a los japoneses guiándolos al conocimiento de Jesucristo.

Fuchida leyó la historia con gran interés. DeShazer había servido como bombardero en la tripulación de uno de los dieciséis aviones B-25. Estos aviones habían sido lanzados el 18 de abril de 1942 bajo el mando del general Jimmy Doolittle, desde la plataforma del portaviones USS para bombardear Tokio. Ninguno de los aviones fue derribado pero todos se quedaron sin combustible antes de poder aterrizar. Las cinco personas que conformaban la tripulación del avión en el cual volaba DeShazer saltaron en paracaídas sobre China, que se encontraba bajo la ocupación japonesa. La mañana siguiente fueron capturados y encarcelados hasta el final de la guerra.

DeShazer comentó que todos los prisioneros fueron maltratados. Afirmó que estuvo al borde de la locura debido al odio y la violencia con los cuales fue tratado por los guardias japoneses. Hasta que un día uno de los guardias le trajo una Biblia. Todos estaban confinados en la soledad absoluta, así que se turnaron para leerla. Cuando le llegó el turno a DeShazer, tuvo la Biblia en sus manos durante tres semanas. Leyó con ansias y recogimiento tanto el Nuevo como el Antiguo Testamentos. Al finalizar escribió: “El milagro de la conversión sucedió el 8 de junio de 1944”.

DeShazer decidió que en caso de sobrevivir hasta el final de la guerra y de ser liberado, regresaría a los Estados Unidos para consagrar un período al estudio de la Biblia y luego volvería a Japón para comunicar el mensaje de Cristo al pueblo japonés. Y eso es exactamente lo que hizo... grandes multitudes llegaron a escuchar su historia y muchos recibieron su invitación de recibir a Cristo.

Fuchida se sintió muy impresionado. Por segunda vez veía un ejemplo del amor que vencía al odio. Comprendió el poder del perdón que cambia en verdad el corazón y la vida de las personas... y con mucha emoción sintió que esto podía ser un principio lo suficientemente sólido como para fundamentar el libro que tenía en mente. Se propuso aprender todo lo que le fuera posible acerca de DeShazer y sus creencias.

En la estación de tren al regresar a casa consiguió un ejemplar del Nuevo Testamento en japonés. Pocos meses después comenzó a leer a diario dos o tres capítulos de las

Escrituras... un día, en septiembre de 1949, Fuchida leyó el capítulo 23 del Evangelio de Lucas. Era la primera vez que leía la historia de la crucifixión.

La escena del Calvario penetró el espíritu de Fuchida. Todo cobró vida en el precioso relato de san Lucas. En medio del horror de su muerte, Cristo dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Las lágrimas brotaron de los ojos de Fuchida. Su larga búsqueda había llegado a su fin. Ya no tenía la menor duda de que estas palabras eran la fuente del amor que DeShazer y Peggy habían manifestado... mientras Jesús colgaba allí, en la cruz, pidió no solo por quienes lo persiguieron, sino por toda la humanidad. Eso significaba que había orado y muerto por Fuchida, un japonés del siglo XX. (“What Happened to the Man Who Led the Attack on Pearl Harbor?” [¿Qué sucedió al hombre que dirigió el ataque a Pearl Harbor?] *Command*, otoño/invierno 1991, pp. 6-8. Usado con permiso).

Al terminar de leer Lucas, Fuchida recibió al Señor Jesucristo. Culminó su libro y le puso como título *De Pearl Harbor a Gólgota*. El versículo que escogió como lema para su vida y con el cual acompañó siempre su propia firma era Lucas 23:34: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

El perdón tiene un poder tremendo para transformar al mundo. Dios lo sabía, Pablo lo sabía, y Filemón necesitaba saberlo. El Espíritu Santo sabía que todos los hombres y mujeres necesitaban saberlo, y esa es la razón por la cual esta pequeña carta fue incluida en las Escrituras. Es mi oración que todos tomemos en serio este mensaje.

# Bibliografía

- Barclay, William. *The Letters to Timothy, Titus, and Philemon* [Las cartas a Timoteo, Tito y Filemón]. Rev. ed. Filadelfia: Westminster, 1975.
- Barnes, Albert. *Barnes' Notes on the Old & New Testaments: Thessalonians, Timothy, Titus and Philemon* [Comentario de Barnes sobre el Antiguo y Nuevo Testamentos: Tesalonicenses, Timoteo, Tito y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1975.
- Barrett, William. *Irrational Man* [El hombre irracional]. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1962.
- Bruce, F. F. *The Epistles to the Colossians, to Philemon, and to the Ephesians* [Las epístolas a los colosenses, a Filemón y a los efesios]. Grand Rapids: Eerdmans, 1984.
- Carson, Herbert M. *The Epistles of Paul to the Colossians and Philemon* [Las epístolas de Pablo a los colosenses y a Filemón]. Grand Rapids: Eerdmans, 1982.
- Dana, H. E., y Julius R. Mantey. *A Manual Grammar of the Greek New Testament* [Manual de gramática del Nuevo Testamento]. Nueva York: Macmillan, 1927.
- Erdman, Charles R. *The Epistles of Paul to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de Pablo a los colosenses y a Filemón]. Filadelfia: Westminster, 1966.
- Gromacki, Robert G. *Stand Perfect In Wisdom: An Exposition of Colossians and Philemon* [Permanecer perfectos en sabiduría: una exposición de Colosenses y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1981.
- Guthrie, Donald. *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento]. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1970.
- Hendriksen, William. *Philippians, Colossians and Philemon* [Filipenses, Colosenses y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1964.
- Henry, Matthew. *Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible* [Comentario bíblico de Matthew Henry]. Vol. 6. Old Tappan, N.J. Revell, s.f.
- Kent, Homer A. *Treasures of Wisdom: Studies in Colossians & Philemon* [Tesoros de sabiduría: Estudios sobre Colosenses y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1978.
- Lenski, R. C. H. *The Interpretation of St. Paul's Epistles to the Colossians, to the Thessalonians, to Timothy, to Titus and to Philemon* [La interpretación de las epístolas de San Pablo a los colosenses, tesalonicenses, a Timoteo, Tito y Filemón]. Miniápolis: Augsburg, 1946.
- Lightfoot, J. B. *St. Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon* [Epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón]. 1879. Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión.
- Maclaren, Alexander. *The Epistles of St. Paul to the Colossians and Philemon* [Las epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón]. Nueva York: A. C. Armstrong e hijo, 1903.
- Nieder, John, y Thomas Thompson. *Forgive and Love Again* [Perdonar y amar otra vez]. Eugene, Oreg.: Harvest House, 1991.
- Richardson, Cyril C. *Early Christian Fathers* [Los padres de la iglesia primitiva]. Nueva York: Macmillan, 1978.
- Rienecker, Fritz, y Cleon Rogers. *Linguistic Key to the Greek New Testament* [Llave lingüística del griego del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Zondervan, 1982.
- Robertson, A. T. *Word Pictures In the New Testament. Vol. 4, The Epistles of Paul* [Las epístolas de Pablo]. Nashville: Broadman, 1931.
- Rupprecht, Arthur A. "Philemon". En *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario expositivo de la Biblia], vol. 11. Grand Rapids: Zondervan, 1978.

- Schlatter, Adolf. *The Church in the New Testament Period* [La iglesia en el período del Nuevo Testamento]. Londres: SPCK, 1955.
- Smith, M. A. *From Christ to Constantine* [De Cristo a Constantino]. Downer's Grove, Ill.: InterVarsity, 1973.
- Vincent, Marvin R. *Word Studies In the New Testament. Vol. 3, The Epistles of Paul* [Las epístolas de Pablo]. Nueva York: Scribner's, 1904.
- Vine, W. E. *An Expository Dictionary of New Testament Words* [Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento]. Old Tappan, N.J.: Revell, 1966.
- Wuest, Kenneth S. *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament* [Estudios de Wuest del Nuevo Testamento griego]. Vol. 1. Grand Rapids: Eerdmans, 1973.



# Índice de palabras griegas

*agapē*, [a](#)

*agapētos*, [a](#), [b](#)

*anapauō*, [a](#)

*echō*, [a](#)

*energēs*, [a](#)

*epignōsis*, [a](#)

*koinōnia*, [a](#)

*koinōnon*, [a](#)

*oninēmi*, [a](#)

*presbutēs*, [a](#)

*splanchna*, [a](#), [b](#)

*sunergos*, [a](#)

# Índice temático

Afecto, demostración de, [a](#)

Aflicción. Véase Sufrimiento

Amargura. Véase Perdón

Amor

deuda de, [a](#), [b](#), [c](#)

emoción y, [a](#)

Ánimo, [a](#), [b](#), [c](#)

Aristarco, [a](#), [b](#), [c](#)

Arquipo, [a](#), [b](#), [c](#)

Arrepentimiento, [a](#)

Bondad, [a](#), [b](#)

Ceremonialismo. Véase Tradición

Chambers, R. W. (sobre el espíritu perdonador de Thomas More), [a](#)

Cielo, centrarse en el, [a](#)

Colosas, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#)

Comunión, importancia de la, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Conversación

impía, [a](#)

piadosa, [a](#)

Covell, Margaret, [a](#)

Demas, [a](#), [b](#), [c](#)

DeShazer, Jacob, [a](#)

Deuda, el principio de la, [a](#)

Dios, soberanía de, [a](#)

Emociones, [a](#), [b](#), [c](#)

Enseñanza, [a](#), [b](#)

Epafras, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Esclavitud, cristianismo y, [a](#), [b](#)

Escrituras, conocimiento de las, [a](#)

Esperanza, [a](#), [b](#), [c](#)

Fe salvadora, [a](#), [b](#)

Filemón, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#)

Fuchida, Mitsuo (conversión de), [a](#)

Fuerzas atómicas, límites de las, [a](#)

Gracia, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#)

Guthrie, Donald (sobre la esclavitud), [a](#)

Hombres, mujeres y, [a](#)

Iglesia, la, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#)  
relación de Cristo con, [a](#)

Ignacio (sobre el obispo Onésimo), [a](#)

Imagen de Dios, [a](#)

Intolerancia, destrucción de la. Véase Unidad

Ira, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#)

Ira de Dios. Véase Juicio

Juan Marcos. Véase Marcos

Juguetes, poema de los, [a](#)

Juicio divino, [a](#)

Liderazgo.. Véase Ministerio

Lightfoot, J. B.  
sobre esclavos fugitivos, [a](#)  
sobre Pablo persuadiendo a Filemón, [a](#)

Lucas, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Madurez espiritual, [a](#), [b](#), [c](#)

Marcos, [a](#), [b](#), [c](#)

Ministerio, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

More, Sir Thomas (su actitud perdonadora), [a](#)

Mujeres, hombres y, [a](#)

Nieder, John (sobre el perdón), [a](#)

Onésimo, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#)

Pablo, sus colaboradores, [a](#)

Patmore, Coventry (poema “Los juguetes”), [a](#)

Paz, espiritual, [a](#), [b](#)

Pearl Harbor, ilustración sobre el perdón del ataque a, [a](#), [b](#), [c](#)

Perdón  
completo, [a](#)  
ilustraciones sobre el, [a](#)  
principios del, [a](#)

Prejuicios, abolición de los. Véase Unidad

Responsabilidad, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Ritualismo. Véase Tradición

Rupprecht, A. (sobre la esclavitud), [a](#)

Servicio. Véase Ministerio

Soledad, [a](#)

Sufrimiento, beneficios del, [a](#)

Thompson, Thomas (sobre el perdón), [a](#)

Tíquico, [a](#), [b](#)

Tradicón, excesivo enfoque en la, [a](#)

Unidad espiritual, [a](#)

Venganza. Véase Perdón

Vincent, Marvin R. (sobre la esclavitud), [a](#)

Voluntad de Dios, conocer la, [a](#), [b](#)